

El Caminar y la Autonomía. Etnografía sobre el aprendizaje del desplazamiento independiente en personas con discapacidad visual en tres asociaciones de Buenos Aires.

Alejandro Miguel Dagnino, Director de la tesis: Dr. Rolando Silla

Introducción

Para mí la Maestría en Antropología fue liberadora y como ejercicio de liberación me requirió de mucho tiempo y esfuerzo.

Después de tres años de haber recibido mi título de Ingeniero Industrial decidí comenzar a estudiar antropología. Había leído algunos textos y me atraía la distancia con mi formación de ingeniero, distancia que entendía la antropología no tomaría a mal por sus propios fundamentos. De alguna forma pensaba que si me exponía durante algunos años, que serían difíciles, a la tensión entre las disciplinas, entre mi trabajo en oficina y mis tardes en clase, iba a poder aprender a escuchar, pensar y actuar de una nueva manera. Esta tensión disciplinaria sigue presente en mi día a día, surge en cada nuevo encuentro ante la pregunta *¿qué hacés de tu vida?* pero ya no me pesa como antes ensayar respuestas.

A clase iba después del trabajo. Trabajaba de 9 a 18hs en una empresa tecnológica y cambiaba cualquier compromiso por no faltar a clases, quería explorar ese mundo que la antropología me abría. Me faltaban lecturas básicas, lo notaba. De alguna forma entré a la antropología *por el medio*, rodeado de compañeros y profesores que ya hablaban en un lenguaje que yo no hablaba. Anotaba en mi cuaderno nombres y libros, un poco a escondidas. Al principio, por mis inseguridades al venir de una disciplina distinta sumado a una timidez previa, que me fuerza a tomar una posición de observador lejano cuando ya hay más de tres personas hablando, era poco lo que participaba en clase. Mis compañeros y profesores se escuchaban y eso me daba confianza. Poco a poco me fui largando. Esos pasos lentos, fueron también los que fui dando para esta tesis. Frente a no saber realmente qué cosas podía decir acerca de mi campo, empecé por las observaciones más concretas, las relaciones que creía más presentes. Fui armando mi trabajo de a fragmentos pequeños.

A los diecisiete años me gustaba la matemática, pero el pensamiento sistémico y procesual de la ingeniería inclinó la balanza hacia que me decida por esa carrera de grado. En ingeniería industrial se estudian diversos procesos de producción, y entre otros aspectos los flujos de los materiales y la dinámica de los sistemas. Los ingenieros trabajan generalmente con

sistemas físicos, como una máquina térmica, una instalación eléctrica o una línea de producción. De modo simplificado, su forma de trabajo habitualmente es el siguiente: definen marcos de precisión a partir de sus herramientas y necesidades, usan conocimientos científicos provenientes de otras ramas de la ciencias naturales y matemáticas (cuya aplicación constituye saberes particulares) y lo que queda por fuera de la explicación y/o del producto final, que es acotado como error o variación, se revisa contra los marcos de precisión y necesidades iniciales. Es común que en ingeniería a los procesos se los desarme en componentes, se mire como funciona cada una de sus partes, se los rearme y se itere, hasta tener de ellos un entendimiento que sea aplicable a condiciones prácticas. Es también común, una vez formados, que crean que esa forma de pensar es igualmente aplicable a cualquier tema que exceda su rango de aplicación, es decir que no sólo exceda al estudio de objetos físicos estables y con componentes de fronteras claras, sino también que excedan a sistemas cerrados y desafectados por su presencia, sistemas replicable en modelos y simulaciones.

Más allá de que la ingeniería y la antropología tienen objetos de estudio e intenciones distintas, mi recorrido por estas dos disciplinas fueron ambos ejercicios epistemológicos, dado que en ambos me encontré con preguntas sobre cómo llevar adelante la interacción entre teorías y hechos. Seguramente en este trabajo se pueda rastrear mi formación en ingeniería. Este trabajo me cambió, pero yo no llegué a este como una hoja en blanco.

Cuando le escribí por primera vez a mi director, le comenté un poco de mi biografía y le explicité mi interés por realizar un trabajo etnográfico que involucre al acto de caminar. Había algo con respecto a lo que se daba en movimiento que me llamaba la atención, que me desafiaba a tratar por ser dificultoso de poner en palabras. Caminar era para mí el ejemplo más básico y accesible a una reflexión diaria con respecto al movimiento. Ese interés inicial por realizar una etnografía que contenga a la acción de caminar, fue el terreno a partir del que comencé a pensar en mis posibilidades de con quienes realizar mi trabajo de campo.

A su vez, le comenté que me encontraba leyendo a Tim Ingold, que sus textos me resultaban cercanos a mis intereses, que intuyo era por la forma en que concebía los vínculos de la antropología con distintas áreas de pensamiento. Me interesaba también que el núcleo de su trabajo era sobre el desarrollo de habilidades. Él me ayudó a que ese interés por el caminar,

inicialmente más especulativo o filosófico, pueda tomar una forma particular y abarcable mediante la observación participante. Para hablar del caminar, una actividad tan generalizada, podría trabajar con personas que tengan un desarrollo particular para caminar.

Podría por ejemplo trabajar el desarrollo del caminar del senderismo de montaña, el caminar turístico urbano, el de las procesiones religiosas o de las marchas políticas, posibilidades que pasaban por mi cabeza sin convencerme del todo. Sabía también que por mi primera experiencia en la antropología, me iba a resultar conveniente tener una distancia clara con las personas con las que trabajaría, aunque esta no sea una distancia geográfica y/o específicamente cultural. En principio, esa distancia me podría facilitar el ida y vuelta entre la familiarización y el extrañamiento, como plantea Roberto DaMatta (1999) con su idea de “anthropological blues” al vivenciar la situación etnográfica de oscilar entre “lo familiar” y “lo desconocido”. A través de la fuerte asociación que me presentaron ciertos textos (en los que indagaré a lo largo de la tesis) entre el movimiento, la percepción y el entorno, para el desarrollo de habilidades, me decidí por elegir un campo en el que pudiese compartir tiempo con personas con una percepción distintiva. Fue entonces que me acerqué a asociaciones de Buenos Aires en donde personas ciegas o con baja visión practican Orientación y Movilidad, la disciplina que se encarga de dar respuesta a la necesidad de desplazamiento independiente de personas con discapacidad visual.

1. Observación Participante

Mi trabajo etnográfico se centró en el método de observación participante al acompañar a los practicantes y los instructores en sus salidas a la calle en sus sesiones de Orientación y Movilidad. Abordé el aprendizaje del desplazamiento independiente en personas con discapacidad visual en tres de las asociaciones en donde se da la práctica en Buenos Aires. En cada una de ellas asistí a múltiples sesiones, todas individuales, en las que los practicantes realizan su práctica en la calle, con el bastón en la mano y acompañados por un instructor.

Estas tres asociaciones están localizadas en Monserrat y Villa Urquiza en la Ciudad de Buenos Aires y en San Miguel, en Provincia de Buenos Aires. Tomar tres asociaciones, desde un aspecto comparativo, por un lado me permitió observar similitudes y poder realizar conexiones, que si bien parciales y situadas al contexto de la práctica en Buenos Aires, me habilitaron a

hablar del desarrollo de los practicantes desde aspectos compartidos entre practicantes de las tres. Y por otro lado, me permitió observar diferencias importantes para, por ejemplo, describir la importancia del entorno (la calle en donde se realiza la práctica) en sus desarrollos. Que hayan sido tres y no dos o cinco, tuvo más que ver con cómo se me fueron abriendo las posibilidades en el campo y cuándo consideré que contaba con “suficiente campo” para darle forma a esta tesis.

El proceso de aprendizaje del desplazamiento independiente en personas con discapacidad visual es continuo, extenso y muestra un alto grado de variabilidad entre las personas. De forma independiente, los especialistas Emilia, Tomás, Natalia y Mateo me sugirieron realizar salidas con múltiples practicantes con distintas condiciones y estados de aprendizaje individuales, más que enfocarme en el desarrollo de un practicante a lo largo del tiempo. De esa forma, cubriendo un espectro de experiencias distintas, veían más accesible mi acercamiento a la práctica.

Durante el mes de marzo de 2018 realicé mi observación participante como parte de las sesiones de Orientación y Movilidad de 12 practicantes (4 de Monserrat, 3 de Villa Urquiza, 5 de San Miguel), de un rango etario que fue desde adolescentes hasta personas mayores. El esquema común en esos casos consistió en tener breves introducciones junto al instructor y el practicante, en la que nos conocíamos y le consultábamos al practicante si yo los podía acompañar en la sesión, seguido de la sesión propiamente dicha de unos 45 minutos en la calle y finalmente una conversación directa con el practicante. En cuanto a la observación participante en las sesiones, generalmente mi posición en las sesiones fue más cercana al rol del instructor que al practicante, rol que veremos a su vez implica una cercanía con la posición del practicante. Por otro lado, también realicé la experiencia de hacer una “simulación” con los ojos vendados, bajo sugerencia de un ex-practicante y un instructor. Fue un recorrido por dentro de la asociación de Monserrat y una vuelta a la manzana (sin bastón, guiado por contacto físico) con el instructor Tomás.

En ocasiones en las asociaciones, por cruzarme con los practicantes con los que ya había realizado alguna sesión en visitas posteriores, las interacciones excedían ese tiempo de intercambio que describí. Más allá de las conversaciones con los practicantes, en las asociaciones también pude conocer a ex-practicantes, así como conversar con los instructores de Orientación y Movilidad y otros especialistas. Compartí un almuerzo con las personas que asisten a la

asociación de San Miguel y una merienda en la asociación de Villa Urquiza, que también contribuyeron a conocer más perspectivas con respecto al desplazamiento independiente.

A su vez realicé una visita a Las Flores, Provincia de Buenos Aires, para conocer a la ex-practicante María, que ahora cuenta con la asistencia y compañía de Almendra, su perra guía. Por último, me adentré en lecturas de bibliografía local, particularmente manuales de Orientación y Movilidad y referencias que surgieron a partir del trabajo de campo, y complementé con información, novedades y perspectivas visitando sitios webs y redes sociales de organizaciones.

2. Las sesiones de Orientación y Movilidad

Para introducir el campo como las sesiones de Orientación y Movilidad para personas con Discapacidad Visual en tres asociaciones de Buenos Aires, debo ocuparme primero de definir algunas cuestiones generales que serán usadas a lo largo de la tesis. El término “discapacidad visual”, que utilizaré extensivamente, es el que en la actualidad más se adecúa a cubrir a todas aquellas personas que sufren una disminución (independientemente del grados y el motivo) de la visión considerada “normal”, es decir incluir a las personas comprendidas entre la baja visión y la ceguera. La referencia global más importante en la actualidad es la *Clasificación Internacional del Funcionamiento, la Discapacidad y la Salud* (OMS, 2001).

En Argentina, según el Estudio Nacional sobre el Perfil de las Personas con Discapacidad, del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), el 2,55% de la población de 6 años y más tiene dificultad visual (INDEC, 2018)¹. Orientación y Movilidad, como mencioné, es la disciplina que se encarga de dar respuesta a la necesidad de desplazamiento independiente de personas con ceguera y baja visión. La orientación y la movilidad son dos aspectos interrelacionados. Una de las referencias bibliográficas principales utilizada por los especialistas es el manual *Discapacidad Visual y Autonomía Personal, Enfoque práctico de la rehabilitación* de la Organización Nacional de Ciegos Españoles (2011) que en este texto referenciaré de aquí en

¹De la población con dificultad de 6 años y más, que representa el 10,2% del total de la población de 6 años y más, el 25,0% tiene dificultad visual. Al evaluar el grado de severidad de la dificultad de esta población, el 96,4% manifiesta tener mucha dificultad y el 3,6% restante indica no poder ver (INDEC, 2018). En términos absoluto hay en el país aproximadamente 900.000 personas con discapacidad visual.

adelante como manual o guía ONCE. Millar (1994) define la orientación como la “codificación en función de alguna forma de referencia” y en el caso de personas con discapacidad visual se manifiesta en la correcta especificación de la ubicación, la distancia y la dirección que describen la posición de un objeto en relación con la persona, o con puntos de referencia externos (ONCE, 2011). Es la capacidad que nos permite situarnos en el entorno. Junto a la movilidad, es decir la ejecución de los movimientos, permiten que las personas tengan un control de sus cuerpos en el espacio y que el desplazamiento independiente se lleve a cabo de forma segura y eficiente (Hill y Ponder, 1976, LaGrow y Weessies, 1994, en ONCE, 2011).

Puntualizo entonces, que este no es un trabajo acerca del caminar de modo general, sino acerca de uno de sus desarrollos específicos, para un grupo puntual de personas. Los practicantes con discapacidad visual no aprenden a caminar sino que desarrollan una forma específica de esta, desarrollan su desplazamiento independiente. El instructor Mateo cuenta que a veces las personas se acercan a la asociación y dicen que quieren que les enseñen a caminar, a lo que les responde: “todo el mundo entra acá caminando, lo que vamos a trabajar es otra cosa”.

Las sesiones de Orientación y Movilidad son el marco espacio-temporal en el que se da el aprendizaje, en el que se desarrolla el desplazamiento independiente. En Buenos Aires, la práctica se realiza ya sea en asociaciones o de forma domiciliaria. En el caso específico de los practicantes con los que compartí mi trabajo etnográfico, los practicantes son asistentes de alguna de las tres asociaciones que visité (Montserrat, Villa Urquiza y San Miguel) y ejercitan la práctica principalmente en los alrededores de éstas, en sus calles aledañas.

[...]

Al comenzar a leer bibliografía de Orientación y Movilidad, me encontré con algunas confirmaciones de aquello que iba observando, como que “el conocimiento del espacio, la orientación en el mismo y el movimiento independiente, constituye uno de los problemas más serios y generales de las personas con discapacidad visual, que puede traducirse en la presencia de problemas personales y sociales, lo que justifica que se le preste una atención especial a este área” (López Justicia, 2004). En el campo, la práctica del desplazamiento orientado es un factor

fundamental para contribuir a la *autonomía* de las personas. Al hacer un comentario acerca de los cambios sociales de las últimas décadas que los afectaron, Sara, una señora mayor con baja visión que asiste a la asociación de San Miguel, me dijo que “años atrás el ciego no tenía vida propia, mientras que ahora sale a caminar”. Esta oposición de Sara entre la falta de autonomía anterior y la capacidad de desplazamiento independiente actual, ejemplifica cómo la cercanía entre estos dos conceptos se hace presente en sus propias representaciones.

[...]

5 Organización de esta tesis

Esta tesis está organizada en tres capítulos. A medida que realizaba mis observaciones de campo y mis lecturas, y en vistas a poder situarme en una escala beneficiosa para abordar el aprendizaje del desplazamiento independiente en personas con discapacidad visual, fui definiendo la exposición en los tres núcleos que constituyen los tres capítulos: las relaciones que se desarrollan entre el practicante y la calle (su entorno), las relaciones que se desarrollan entre el practicante y el bastón como herramientas (así como el perro guía como asistencia) y las relaciones que se desarrollan entre el practicante y el instructor. Concebir al aprendizaje del desplazamiento independiente desde estas relaciones, que se desarrollan en las sesiones, tiene afinidad con como Gregory Bateson (1972) presenta la forma de delinear un *sistema*, para el que incluso utiliza como ejemplo la locomoción de una persona ciega. Dice: “Si lo que uno trata de explicar es determinada conducta, por ejemplo, la locomoción del ciego, entonces será necesario tomar en cuenta la calle, el bastón, el hombre; la calle, el bastón, y así sucesivamente una y otra vez. Pero cuando el ciego se sienta a almorzar, el bastón y sus mensajes carecerán de pertinencia, si lo que queremos comprender es su ingestión de comida.” (1972:313).

En el primer capítulo, el más extenso, presento el desarrollo de las relaciones de los practicantes con la calle. Trabajo cómo en las sesiones se ejercitan habilidades que implican que los practicantes den forma a una relación con su entorno material urbano, habilidades entre las que se encuentran por ejemplo caminar a una distancia adecuada a la pared y desarrollar referencias relevantes del recorrido para utilizarlas en recorridos posteriores y orientarse. La

práctica involucra una exposición al entorno, dado que salir a la calle le requiere al practicante mantener una atención amplia y abierta para responder a sus imprevistos o contingencias. Pero estos no le prestan atención a todo en todo momento. El desarrollo de estas habilidades dan cuenta de cómo, además de una exposición al entorno (y en vínculo a esta), la práctica requiere de una educación de la atención como la descrita por Gibson (1979:254). El practicante aprende en base a experimentar su relación con la calle y en su afectamiento mutuo, las habilidades que el practicante desarrolla no son un atributo del practicante individual y aislado, sino del sistema de relaciones constituidos por la presencia del practicante en la calle (Ingold 2000:291).

En el segundo capítulo describo cómo entra en juego el bastón como la herramienta de movilidad más utilizada y hago un particular énfasis en su función perceptiva al asistir al practicante que revela su entorno (Ingold 2000:319-321). Las técnicas de uso de bastón están embebidas en la experiencia de las personas, dado que por más que sean desarrolladas con sustento en conocimientos asentados y transmitidos en la disciplina, son inseparables de la actividad. La habilidad de uso del bastón, asociada a una combinación de técnicas, requiere un grado de automatización de los movimientos que le permita al practicante no tener que prestarle atención a la mecánica del desplazamiento con el bastón en sí, y así lograr poner su atención a lo que se presenta en la calle (a través del bastón). A su vez, en este capítulo presento al acompañamiento con perro guía como modo de asistencia que si bien no está presentes en las sesiones de Orientación y Movilidad permiten pensar en la asistencia de un modo más amplio. El acompañamiento del perro guía permite que las habilidades descritas en el primer capítulo sean menos necesarias y en su reemplazo requiere de otras. La atención de la persona está en el perro guía y juntos dan forma a un *binomio* (a través de un proceso de *acoplamiento*) para llevar a cabo el desplazamiento independiente conjuntamente.

En el tercer capítulo trato la relación practicante-instructor. Describo algunas particularidades de esta relación, partiendo de que los instructores del campo no tienen discapacidad visual, distanciándose de un escenario presente en otras prácticas corporales en donde el aprendizaje se describe como un proceso centralmente mimético entre aprendiz y maestro. En las sesiones, la distancia entre ambos y el uso de la palabra son variables que el instructor utiliza para llevar a cabo su rol. Este rol incluye actuar como intermediarios de

experiencias de personas con discapacidad visual, por ejemplo compartiendo técnicas y sugerencias. Pero también incluye habilitar una exposición segura a la calle y, a través de un acto de mostrar, incidir en que los practicantes tomen ciertos aspectos relevantes del entorno. A partir de experiencias distintas el practicante y el instructor llegan a acuerdos por recorrer caminos y un *hacer común*, haciendo de la comunicación entre ambos un medio de continuidad de la vida social (Dewey, 1966:2). Los instructores también son parte de un proceso de aprendizaje, que guarda una relación con mis aprendizajes en mi primera experiencia etnográfica, en cuanto a que ambos involucran desarrollar una sintonía con los practicantes a través de los recorridos.

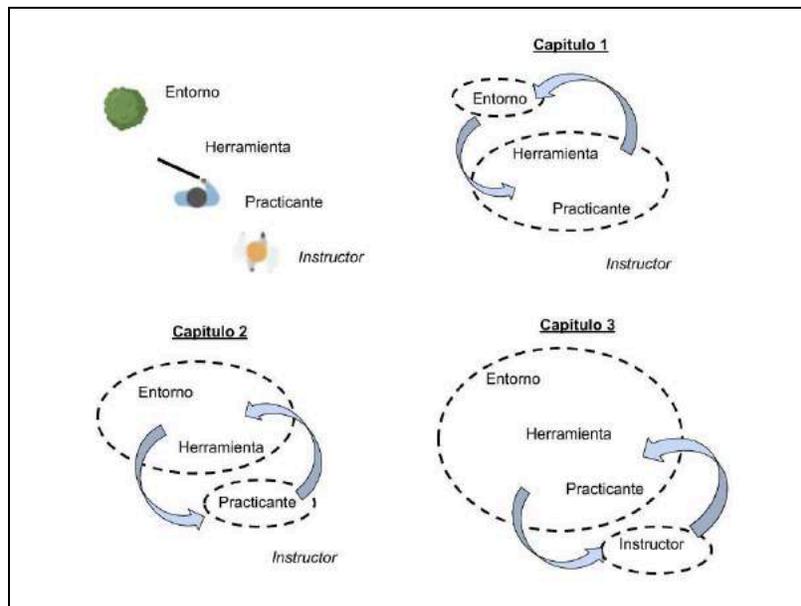


Diagrama 1: Relaciones trabajadas en los tres capítulos.

Capítulo 1. El practicante y la calle: La correspondencia entre las personas con discapacidad visual y su entorno

En este primer capítulo, presento las relaciones de los practicantes con la calle. Trabajo la forma en la que en las sesiones se ejercita la relación de las personas con su entorno, a partir de aquellas habilidades que implican que los practicantes den forma a una relación con la calle. Estas habilidades son: que el practicante camine con seguridad y a una distancia adecuada a la pared; que busque y establezca referencias relevantes del recorrido para utilizarlas en recorridos posteriores y orientarse; que tome indicadores a lo largo del recorrido y los utilice para adecuar su desplazamiento a lo que se presenta; que se enfrente a situaciones de desorientación y las resuelva; que se relacione con otros peatones de forma satisfactoria y recurra a pedidos de ayuda cuando es necesario.

Introducción al entorno

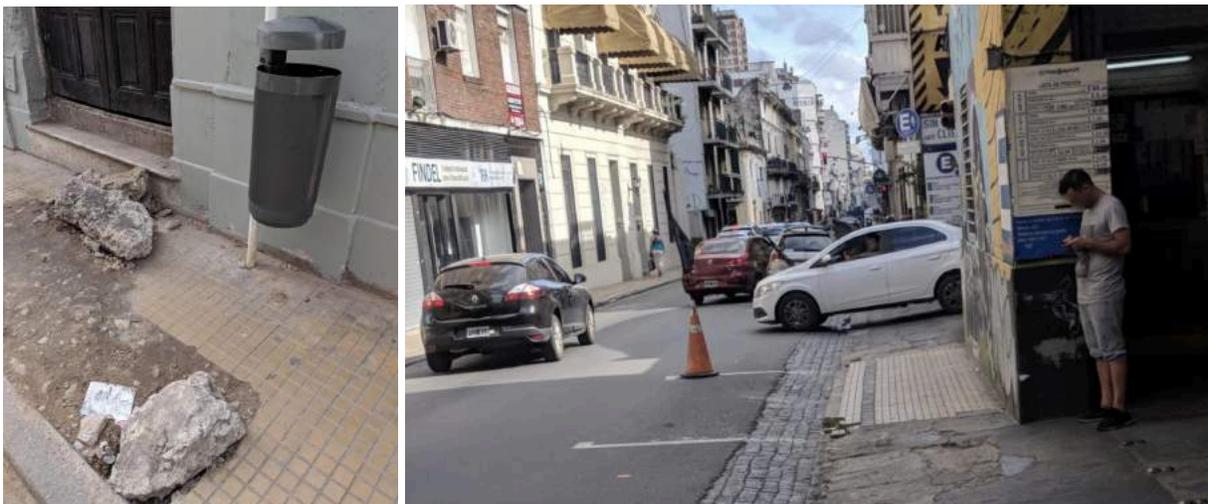
En la sobremesa de un almuerzo en la asociación de San Miguel junto a Sara y Pedro, ex-practicantes de Orientación y Movilidad, hablamos de cómo estaba el barrio para caminar. Sara me mostró un golpe en su mano y Pedro se quejó de que los vecinos no podan los cercos de sus casas, causándole rasguños en los brazos y la cara. Salir a la calle implica una exposición para cualquier persona, pero para aquellas con discapacidad visual lo es en distinto grado. Que los practicantes demoren aproximadamente tres minutos en realizar una cuadra es reflejo del cuidado que les requiere desplazarse en el entorno urbano. Tres minutos es un valor promedio mencionado por el instructor Mateo, dado que el ritmo de desplazamiento varía de persona a persona pero es posible generalizar en que demoran más que los transeúntes con buena visión, confirmado por las observaciones en el acompañamiento de distintos practicantes en sus sesiones. Para los practicantes, salir siempre implica estar en entornos que “cuentan con obstáculos, situaciones de riesgo imprevistas y un diseño difícil de interpretar y generalizar” (ONCE, 2011) según la referencia bibliográfica utilizada por los especialistas.

Las dificultades y riesgos de estar expuesto también se escucharon en las descripciones de golpes y de inconvenientes viales, en las expresiones de temor de los practicantes y en sus

propios movimientos cautelosos o pausas repentinas en las sesiones. Gabriela es practicante de la asociación de Monserrat y realiza sus sesiones junto a Tomás, instructor con quien acompañé a los practicantes al realizar mis recorridos en esa asociación. Gabriela me dijo: “Buenos Aires es un desastre para nosotros. Tomás siempre dice que mi bastón siempre está hecho percha. Y sí, sabés cómo me lo engancho todo el tiempo. Tengo rasguños, golpes en la mano. El taladro me rompe el tímpano, están todo el día en obra, las veredas están rotas. Es un caos. Pensá que vengo concentrada, prestando atención a lo que escucho, y me empiezan a taladrar el oído.”

Desde el campo de la educación, el filósofo contemporáneo Jan Masschelein (2010:278 en Ingold 2018:30) presenta un vínculo directo entre el caminar y la exposición desde la propia etimología de la palabra exposición: caminar nos expulsa de cualquier posición fija que adoptemos y al poner nuestra posición en juego, es un acto de ex-posición. A medida que fui acumulando salidas a la calle y charlas con los practicantes, fui vislumbrando la centralidad que el vínculo entre el caminar y la exposición toma puntualmente en este grupo de personas. Esta exposición requiere de una atención abierta a cualquier estímulo que se pueda asociar a riesgos.

A continuación adjunto algunas fotos que tomé en una vuelta a la manzana de la asociación de Monserrat, para contextualizar las dificultades y los riesgos a los cuales las personas con discapacidad están expuestas, por más corto que sea el recorrido. En el Anexo 2 se encuentran imágenes del mismo ejercicio pero en las otras dos asociaciones.



Imágenes 1 y 2: Monserrat. Un tacho de basura instalado sobre la línea de la pared, baldosas rotas y escombros. Dos estacionamientos seguidos y un auto cruzado en la vereda.



Imágenes 3 a 6: Monserrat. Basura desparramada. Baldosas y cordón de vereda roto. Bicicleta estacionada sobre la senda peatonal.

El espacio de los alrededores de las tres asociaciones, donde se realizaron los recorridos en los que participé, se constituyen por los instructores como espacios de experimentación controlada, en los que se habilita una exposición segura de los practicantes al entorno, una exposición en la que el instructor le asegura al practicante que no tendrá riesgos físicos mayores. Son espacios de experimentación controlada ya que permiten el ensayo y el error de los practicantes. El instructor Mateo presenta al aprendizaje de Orientación y Movilidad como un proceso de aprendizaje de los errores, poniendo un especial énfasis en los novatos.

Estos espacios urbanos son también un recorte parcial de la ciudad, un fragmento de la totalidad de donde se pretende que las personas estén capacitadas para realizar recorridos (es

decir, capacitadas en aprender nuevos recorridos), una vez que hayan dado forma a las habilidades necesarias para manejarse sin el acompañamiento del instructor. Que sean espacios urbanos en los que los instructores tienen experiencias acumuladas con distintos practicantes, les permite a los instructores mantener un grado de control y direccionamiento sobre la ejercitación del practicante, así como brindarle seguridad para el desarrollo de la práctica.

Al titular la sección *El practicante y la calle: La correspondencia de las personas con discapacidad visual con su entorno*, me refiero a la calle no como un espacio urbano escindido del practicante, como estructura abstracta *sobre* la cual el practicante se ejercita. Más bien me refiero a la calle como al entorno con el cual el practicante está sumergido en su práctica, que incluye a todas aquellas cosas junto a las cuales el practicante da forma a su desplazamiento. A la calle como entorno que es dependiente del practicante y configurado en la vinculación entre ambos. Esta sección mostrará cómo nos es beneficioso pensar que el practicante desarrolla su práctica no *sobre* la calle sino *con* la calle, es decir no como sujeto que discurre sobre la calle sin verse afectado o afectándola, sino siempre en relación a esta, continuamente dándole respuesta.

En cuanto a la definición de entorno, la más amplia sería concebirlo como *lo que rodea*. Esta definición implica especificar qué es *rodear*, y con ello podríamos caer en una definición del entorno que sea todo lo que no es *aquello que está siendo rodeado*, en este caso todo lo que no sea la persona con discapacidad visual, mientras esta realiza la práctica. Al observar a los practicantes en movimiento, se pone en evidencia cómo algunos elementos del espacio urbano son atendidos por sobre otros, como algunas cosas toman mayor centralidad que otras para los practicantes, discernimiento necesario para poder llevar a cabo un desplazamiento orientado.

Las características de la vereda, como su ancho y lo que se presenta en éstas como el resto de los transeúntes, las mesas de los bares, los puestos de diario, los canteros y las motocicletas, o aquellas cosas que se revelan sobre la línea de edificación como las puertas, garajes, bancos, talleres mecánicos, son algunos de las cosas más relevantes a las que las personas con discapacidad visual atienden para desplazarse sin riesgos y de forma orientada. A partir de este punto, surge la pregunta de si hay algún criterio común que defina a aquellas cosas relevantes en los recorridos en los que el practicante se desarrolla, en otras palabras, alguna definición de la noción de entorno que sea más limitada pero más congruente con mis observaciones. Una que

describa de mejor manera aquellas cosas que nos es valioso considerar como parte del entorno para los practicantes.

El ex practicante Ricardo, actual instructor de informática de la asociación de Monserrat, dice que “se le complica la vida cuando el colectivo va todo derecho por Av. Rivadavia, porque no hay cambios en el recorrido”. Para un practicante de Orientación y Movilidad, las variaciones que registra a su alrededor son decisivas para desplazarse orientado. Que las baldosas de la vereda estén rotas, que haya un puesto de diarios en una esquina, o que al mediodía se arme fila sobre la pared de un banco comercial, son cuestiones centrales para su desplazamiento, afectan su orientación y sus decisiones en los recorridos. Estas situaciones nos permiten pensar que la vereda, y si se quiere más puntualmente las baldosas, los puestos de diario y las personas que se encuentran en ella, son ejemplos de cosas con los que el practicante se relaciona al desplazarse, es afectado por estas y al hacerlo se constituyen como parte del entorno del practicante. Y lo hacen dado que le presentan al practicante las diferencias a las que éste tiene que responder para llevar a cabo su desplazamiento. El entorno se le revela al practicante con sus diferencias (primero está el garaje, después la puerta, seguido de la cafetería y la ochava de la esquina) y el practicante debe responder a este entorno al desplazarse.

El pensamiento de Bateson, a quien introduje para proponer la escala de este trabajo desde las relaciones que el practicante desarrolla, también nos ayuda a acercarnos a qué es lo que constituye el entorno para los practicantes. Bateson propone que no hay que realizar cortes entre la persona, el bastón y la calle si se pretende estudiar la locomoción de la persona ciega. A través del bastón por ejemplo, transcurre el pasaje desde que una diferencia en las baldosas de la vereda se transforme en una diferencia en lo que recibe táctilmente el practicante al vibrar de manera distinta en su mano, que luego se transformará en otra diferencia, por ejemplo de comportamiento, al darse cuenta que está llegando a la esquina. Así, en términos de Bateson, el bastón es “una vía a lo largo de la cual se transmiten transformaciones de diferencia” (1972). Es decir, más que hacer cortes entre la persona, el bastón y la calle, propone que para explicar este *sistema* se debería “trazar su línea fronteriza sin cortar ninguna de las vías [de transmisión de transformación de diferencia] y sin dejar cosas sin explicar”. Es decir, para él la calle se

constituiría como entorno en tanto y en cuanto hay transmisión de diferencias entre la persona y la calle y esas diferencias sean útiles para indagar en el desplazamiento independiente.

Este gesto de Bateson de acompañamiento a los flujos tiene continuidad en el pensamiento de Ingold, quien para Rolando Silla (2013:16) tiene una postura “pos-relacional, pues asume que la misión primera de la antropología es acompañar los flujos o líneas que no estarían definidas por los puntos que ellas conectan sino por los deslizamientos que se producen entre medio; e incluso deberíamos abandonar las concepciones de cuerpo, mente y paisaje consideradas como continentes identitarios y así desplazar el foco en los sujetos y en sus relaciones para la vida y sus flujos (Steil y Carvalho, 2012:9).”

La determinación del alcance de este trabajo se vincula con la escala propuesta en la introducción, de priorizar las relaciones identificables del practicante junto al entorno, sus herramientas y los otros, e indagar en cómo el desarrollo de estas relaciones constituye las habilidades del desplazamiento independiente. Bateson nos sirve como primer acercamiento por abordar la noción de diferencia y su sustento en el movimiento. Precizando en mi intención, esta no es explicar estas relaciones para justificar un *circuito total y completo*, sino más bien entender el desarrollo del desplazamiento independiente para las personas con discapacidad visual a partir de la selección de ciertas conexiones que son parciales y situadas (Marilyn Strathern, 1991) consistentes con mis observaciones. La selección está sustentada en su relevancia en la práctica y para las personas involucradas en esta. No considero necesario dictaminar que estas relaciones son las únicas que existen en esta práctica, ni que explican a la práctica en su totalidad. Siempre que se delimite este trabajo, en este caso a estas relaciones (que lleva a su vez a tener que abordar otras definiciones, por ejemplo del entorno), se dejará cuestiones por fuera.

Retorno al campo etnográfico. Decía que para un practicante de Orientación y Movilidad, las diferencias que registra a su alrededor son decisivas para desplazarse orientado. Las veredas y lo que se encuentra en ellas, se constituyen como parte de su entorno, y son parte de las cosas con las que registran y los afectan. Bateson nos permite pensar que son parte de sus entornos, dado que la relación de los practicantes con estas cosas, son las vías por las cuales se transmiten diferencias, y que eso es posible gracias a que el practicante está en movimiento. El practicante constituye su entorno por percibirlo, que implica identificar diferencias, que a su vez implica

estar en movimiento. Pero para hablar de cómo estas diferencias están ligadas a una afección, en cuanto a cómo el practicante y el entorno se afectan mutuamente, a continuación introduzco cómo concibe el entorno el filósofo pragmatista John Dewey, quien también es tomado como antecedente por Ingold. Dewey, compartiendo rasgos con lo que plantearía Bateson posteriormente, ha ensayado una respuesta a la definición de entorno que resulta útil para comprender la práctica del desplazamiento independiente.

Dewey define al entorno como aquellas cosas *con las que* una persona varía (1966:11). A medida que el entorno varía, la persona varía para responder al entorno. Es este punto lo que define para Dewey que ciertas cosas sean consideradas parte de un entorno mientras que otras no. Siguiendo su línea, aquellos ejemplos que presenté de elementos del espacio urbano, son parte de lo que Dewey consideraría el entorno genuino de los practicantes, dado que le presentan al practicante las variaciones que se ejercita en registrar al realizar sus recorridos y lo llevan a variar. Así como el nivel de humedad puede influir en que una persona decida de ir en taxi al trabajo para que no le duelan las rodillas, y consecuentemente la humedad se constituye para esta como parte de su entorno genuino, o que otra persona tenga fobia a las multitudes y por ello la densidad de gente afecte su decisión sobre qué recorrido realizar para ir a un determinado lugar, el entorno de las personas con discapacidad visual, al realizar la práctica del desplazamiento independiente, también está compuesto por una serie de cosas que toman particular relevancia porque se relacionan con estos y los afectan.

Si para mí, al registrar que el edificio de al lado de la asociación de San Miguel tiene doce pisos, y puedo considerarlo como parte de mi entorno al actuar a partir de utilizar la altura del edificio como referencia en mis recorridos (al observarlo me oriento, me ubico en el espacio, reconozco en qué dirección y cuán lejos está la asociación), la altura del edificio no será relevante a un practicante con discapacidad visual. Esto hasta cierto grado, principalmente por dos puntos. Primero, depende del grado de visión de la persona. Sólo algunas de las personas con discapacidad visual son ciegas. En ese conjunto social las condiciones de visión presentan un espectro amplio, por lo que no resulta beneficioso pensar en términos binarios de personas con visión vs. ceguera. Muchos utilizan la visión con la que cuentan junto al resto de los sentidos. En segundo lugar, decir que la altura del edificio no le es relevante omite que aún si la persona no

percibe que el edificio tiene doce pisos, le puede ser útil para orientarse en la comunicación con otros transeúntes o acompañantes como familiares, amigos y colegas.

La forma en la que se percibe, que implica una experiencia individual pero que también reconocemos distinta a un nivel más generalizado entre las personas que cuentan con discapacidad visual y las que no, es aquello que lleva a pensar que incluso desplazándome en el mismo espacio y realizando el mismo recorrido, el entorno de un practicante de Orientación y Movilidad difiere del mío. Si mi intención es abordar la relación de los practicantes con la calle, entonces debo entender cómo el practicante y su entorno se constituyen mutuamente, y con ello intentar acercarme a observar cómo es su entorno para esta práctica.

Esta perspectiva supone que el entorno no tiene un carácter objetivo, no es ajeno a quien se desenvuelve en este, sino que tiene un carácter relacional, en cuanto a que el entorno existe (y toma sentido) en relación a quien está en ese entorno (Gibson 1979:8 en Ingold 2000:20), en nuestro caso los practicantes con discapacidad visual. A lo largo del capítulo se irá aclarando por qué es conveniente presentar al entorno como uno relativo a la persona que discurre en relación al mismo, así como también por qué es conveniente concebirlo como cambiante, nunca completo sino en continuo desarrollo. Es decir, por qué nos es más provechoso presentar un entorno como componente de un proceso en tiempo real más que una entidad cerrada (Ingold, 2003:20). El entorno del practicante, la calle, más que ser un espacio en el que discurre con liviandad, es un espacio variable y rugoso, en la cual ciertos elementos sobresalen por sobre otros, en cuanto a que afectan a los practicantes en mayor grado. Veremos que así como el entorno afecta al practicante, él afecta a su entorno al redefinirlo constantemente, redefinición que en esta práctica se enmarca en la habilidad del uso de referencias e indicadores.

Introducción a las referencias y los indicadores

Situémonos en una sesión junto a un practicante, realizando un recorrido, por ejemplo de una vuelta a la manzana de la asociación de Villa Urquiza. Sobre la esquina de Av. Alvarez Thomas y Sucre hay una panadería con su entrada en la ochava. Al llegar a las cercanías de la panadería, la percibimos. Nosotros lo haremos principalmente por medio de la visión (esto también es una simplificación, en cuanto a que todos utilizamos todos los sentidos disponibles),

mientras que el practicante, si es ciego por ejemplo, lo hará principalmente por medio de su olor y sonidos particulares. Nos es espontáneo y conveniente suponer que esa panadería que está hoy como parte del recorrido, también estará allí la semana que viene. En la próxima sesión, podremos utilizar a la panadería como referencia para ubicarnos, para saber que estamos en la esquina de Av. Alvarez Thomas y Sucre, a una cuadra de la asociación. La panadería nos permitirá orientarnos, nos permitirá saber en qué parte del recorrido estamos. Supongamos también que sobre la calle Sucre hay unos tachos de pintura cercanos a la pared de una casa. Nos es también espontáneo y conveniente suponer que los tachos no estarán allí la semana siguiente, estimar que para ese entonces ya habrán terminado de pintar la pared. Tanto nosotros como el practicante, que las registrará con su bastón, actuaremos acorde a la presencia de los tachos y evitaremos chocar con estos, tomaremos una decisión en nuestro desplazamiento para bordearlos.

Al estar siempre en contacto con el entorno en nuestro recorrido, constantemente resolveremos en la práctica un discernimiento entre aquellas cosas que reconoceremos como más estables y aquellas más variables. Realizaremos un corte entre lo estable y lo que varía, corte que puede aparentar ser una respuesta a una pregunta teórica, pero que en las sesiones de Orientación y Movilidad muestra ser parte de un ejercicio práctico, de un discernimiento que se resuelve de forma reiterada, desde una experiencia que es abierta al error en un aprendizaje corporal.

Utilizo esta distinción entre lo más estable y lo más variable, dado que permite describir dos componentes del ejercicio práctico del desplazamiento independiente presentes en el desglose de habilidades que se realizan en el campo, en los que ahondaré: el uso de referencias y el uso de indicadores, también llamadas claves ambientales en la bibliografía utilizada en el campo. El manual de ONCE, *Discapacidad Visual y Autonomía Personal. Enfoque práctico de la rehabilitación* dice: “Cuando falta la visión, las restantes percepciones sensoriales ayudan a establecer y mantener la orientación en el espacio, dando sentido al movimiento, por lo que se deben integrar en las pautas de conducta motoras. El mantenimiento de la orientación requiere no solo conocer la posición de los objetos, sino, además, actualizar la que se va adoptando, con respecto a los mismos, durante el desplazamiento. En este proceso, es fundamental el uso de los puntos de referencia y de las claves ambientales.” (2011:486).

El practicante, independientemente del uso de las nociones de referencia e indicador para describir la práctica (no se presentó explicitado por ellos mismos en esos términos), pone en juego esta distinción en su relación con la calle, que le permite desplazarse de forma orientada. El practicante no tiene por qué utilizar las palabras referencias e indicadores para el desarrollo y uso de aquello que esas palabras intentan describir. El desplazamiento independiente implica un aprendizaje corporal que es mayoritariamente implícito y su dimensión declarativa -que el practicante pueda explicar de forma clara y concisa la actividad- puede contribuir al aprendizaje, pero si lo hace o no, excede las posibilidades de tratarse de forma consistente en este trabajo.

En el ejemplo presentado anteriormente, la panadería constituye una referencia, mientras que los tachos constituyen un indicador. La bibliografía define a una referencia como “cualquier objeto familiar, sonido, olor, temperatura o indicador táctil que se reconozca con facilidad, sea constante y tenga una situación conocida y permanente en el entorno” (Hill y Ponder, 1976) y como un punto “único (reconocible), de fácil localización, permanente en el espacio y en el tiempo” (ONCE, 2011). Mientras que define a un indicador como “cualquier estímulo auditivo, olfativo, táctil, cinestésico o visual que afecte a los sentidos y que pueda convertirse, con rapidez, en una información para determinar una situación o una línea de dirección” (Hill y Ponder, 1976) y que son “ocasionales, dinámicos, utilizables en diferentes espacios” (ONCE, 2011).

Que el discernimiento entre referencias (base para lograr una anticipación y orientación del recorrido) e indicadores se desarrolle continuamente en la práctica, a través de las experiencias en recorridos puntuales, se visibiliza con algunos ejemplos fronterizos. En la cuadra de la asociación de Villa Urquiza hay un vecino que suele dejar estacionado su auto sobre la vereda todos los días de la semana. Algo que habitualmente convendría considerar contingente, un auto estacionado en infracción, se presenta como fijo, y consecuentemente resulta valioso para el practicante como referencia de orientación en salidas posteriores. Dado que al llegar al auto, el practicante reconoce en qué instancia del recorrido se encuentra. Como caso inverso, a la vuelta de la asociación de San Miguel hay un comercio en el que se exponen productos sobre la vereda. Los productos se presentan a lo ancho y largo de la vereda, incluso yendo más allá del comercio. Se exponen con modificaciones frecuentes. Algo que en otras circunstancias podría ser

considerado fijo en el tiempo, al presentar su variabilidad provoca que el practicante, al atravesar el local, deba adecuar su línea de desplazamiento de forma distinta en cada sesión.

Sin referencias o indicadores, el practicante puede llegar a desplazarse con destreza, pero no lo hará de forma orientada, dado que sin éstas no se situará en su recorrido ni tomará las decisiones pertinentes para adecuarse a este. Emerson Foulke (1996) un referente de la Orientación y Movilidad, dice que no hay que tomar seriamente la división entre la movilidad y la orientación como dos actividades separadas e independientes, sino que es mejor considerar a la orientación como un componente esencial de la movilidad, dado que sin orientación la movilidad deja de ser una habilidad útil. Sin orientación, que implica poder conceptualizar el recorrido (en donde entran las referencias e indicadores), no es posible moverse por el espacio con la seguridad de que se podrá realizar un próximo paso, o en vías de alguna intención que exceda al movimiento de caminar, como llegar a un cierto destino.

Las referencias que orientan al practicante en su desplazamiento y los indicadores a partir de los cuales lo adecúa se desarrollan como resultado de la práctica de salir a la calle, se constituyen a lo largo del recorrido. Que tengan un carácter situado me lleva a proponer que el desarrollo de los practicantes excede un aprendizaje que se describa por la trasmisión directa de un experto a un novato -el instructor no le informa la lista de cosas que están en el camino para que el practicante construya una conceptualización previa- sino más bien que están sustentados en un desarrollo experiencial que involucra al practicante en movimiento y atendiendo a su entorno. Veremos este punto con más detalle.

A continuación, al haber introducido a las referencias y los indicadores, abordo una primera habilidad que se desarrolla en las sesiones y se prioriza particularmente en los novatos: que el practicante camine a una distancia adecuada a la pared. Una vez trabajada esa primera habilidad, que involucra que se establezca una relación de correspondencia (Ingold, 2018:26) entre la línea de desplazamiento del practicante y la línea de la pared (y que de forma específica ya implica al resto de las habilidades), ampliaré al resto de las habilidades por separado.

1. Caminar a una distancia adecuada de la pared

1.1 Introducción a la línea de la pared

En mis salidas junto a practicantes e instructores observé cómo se prioriza que los recorridos se realicen en cercanía de la línea de pared y cómo mantener una distancia adecuada a la pared es una habilidad que se desarrolla. La recomendación está presente en el marco educativo de los instructores. Se sugiere que el practicante realice su recorrido por la vereda a aproximadamente medio metro de la pared, distancia que le permite, cuando el arco que el practicante realiza con su bastón está en uno de sus extremos, entrar en contacto con esta. El manual de ONCE dice: “La posición recomendable al caminar por una acera es mantenerse a unos 50 cm de la pared o en el centro de la misma (si se es capaz y las condiciones lo permiten). Esta proximidad facilita la localización de referencias y de direcciones determinadas, así como la percepción de huecos, esquinas y chaflanes.” (2011:535). El contacto con la pared se realiza ya sea en cada vaivén del bastón o cada un cierto número de ellos. Seguir la línea de la pared facilita el desplazamiento del resto de los transeúntes que pueden anticipar el recorrido del practicante, pero más relevante a su propio movimiento, le permite al practicante mantener un desplazamiento seguro y que beneficia su orientación.

El beneficio que trae en términos de seguridad y orientación se vislumbra por su situación contraria: caminar próximo a la calle aumenta los riesgos y provoca desorientaciones más frecuentes. En cuanto a los riesgos, encontrarse con un cordón de una vereda implica una cercanía con autos, motocicletas y bicicletas que pueden provocar accidentes serios. En simultáneo, es más frecuente encontrar canteros y rejillas, entre otros elementos, sobre el lado exterior de las veredas, que más allá de sus potenciales riesgos requieren de un ejercicio más arduo para bordearlos. Por último, no seguir la línea de la pared dificulta que la dirección del practicante sea recta (o lo más recta posible), por lo que no sólo hace que los recorridos sean más largos sino también más frecuente el contacto no intencional con otros transeúntes. En las calles aledañas a las tres asociaciones, las edificaciones suelen estar en línea y de forma paralela a la vereda y la calle, por lo que lograr que la línea de desplazamiento se corresponda con la línea de la pared de edificación permite realizar recorridos de la forma más óptima, en cuanto a que los recorridos son de menores distancia, tiempos y riesgos. Y dada la exposición y el esfuerzo

requerido para salir a la calle, se prioriza que los recorridos sean óptimos para estas variables. No es común que los practicantes novatos salgan a la calle sólo (por fuera del marco de las sesiones de Orientación y Movilidad) a caminar sin objetivos puntuales (como ir a lo de un familiar, al trabajo o al kiosco).

[...]

2. Uso de Referencias

2.1 Desarrollo de referencias

La habilidad de que el practicante camine con seguridad a una distancia adecuada a la pared, conllevó introducir de forma acotada el resto de las habilidades que implican una relación con el entorno urbano. En esta sección ampliaré sobre el uso de referencias, partiendo del siguiente ejemplo. Cuando acompañe a Juan en su sesión de Orientación y Movilidad, él había retomado las sesiones después de sus vacaciones. Juntos realizamos el recorrido de la vuelta a la manzana a la asociación de Villa Urquiza, camino que él ya había hecho en múltiples oportunidades. A lo largo de la sesión mostró una recuperación de diversas referencias útiles para ubicarse en el camino. Al llegar a la calle Sucre, dijo recordar que sobre ella hay muchas entradas de casas y que en la calle paralela, La Pampa, que recorreríamos posteriormente, hay varios talleres mecánicos. Unos minutos más tarde, sobre La Pampa, Mateo le solicitó que le avise al pasar por el supermercado, contribuyendo a que lo utilice (seguramente lo reconoció por el estímulo sonoro de la música) como una referencia valiosa para orientarse. Aclaro que este reconocimiento por la música es una inferencia mía, dado que al pasar por allí y hacer el ejercicio de ignorar los estímulos visuales, el estímulo sonoro fue el único que logré diferenciar.

Al llegar a la siguiente esquina, la de La Pampa y Av. Alvarez Thomas, Juan tocó unos pilotes con el bastón sin reconocer lo que eran y Mateo le explicó su funcionalidad de proteger el local de la esquina de posibles accidentes viales. La explicación de Mateo contribuyó a que Juan registre aquello con lo que se había enfrentado, facilitando su posterior utilización como referencia. Es común que al notar nuevas referencias que puedan resultar útiles para el practicante, el instructor intervenga para que el practicante las asiente. Si un practicante se

encuentra frente a algo que no identifica y el instructor considera que le será beneficioso, el instructor dialoga con el practicante, intentando que este describa perceptivamente lo que se encuentra enfrente y le da tiempo a que lo identifique. En caso de que no lo haga con éxito, puede nombrar el objeto y describirlo, por ejemplo por medio de su función, características o relación a otros elementos. De esa forma el instructor contribuye a la representación del recorrido, puntualmente al mapa que el practicante elabora para orientarse. Finalizando la sesión, Juan frenó en la puerta de la asociación, al tocar previamente con su bastón una serie de macetas y recordar que estas se encuentran catorce pasos antes de la puerta. En suma, durante la sesión Juan mostró diversas instancias en las que por un lado recordó referencias que había utilizado con anterioridad y por otro asentó referencias nuevas.

El uso de referencias del entorno para orientarse en el recorrido está asociado a situarse en el espacio y poder anticipar lo que se presentará más adelante. Si retomamos la diferencia sensorial de las personas con discapacidad visual, los practicantes deben lograr una anticipación de lo que se presentará en el recorrido de modo distinto. En San Miguel, el practicante suele reconocer que sobre Sarmiento al llegar al banco comercial hay muchos transeúntes. Mientras que el practicante de Monserrat puede recordar que en la calle Bolívar la vereda es muy angosta y el de Villa Urquiza reconocer que sobre Sucre hay muchas entradas de automóviles en las que la vereda se inclina hacia la calle. Al dar forma a su representación del recorrido, complementa la anticipación perceptiva que le brindan los estímulos sensoriales -en la que toma peso la asistencia del bastón- con una anticipación basada en el desarrollo de referencias.

Como vimos a partir del ejemplo de Juan, para realizar la vuelta a la manzana de la asociación de Villa Urquiza, el edificio con cantero mal podado sobre la línea de edificación resulta una referencia útil para los recorridos que incluyan esa cuadra, pero difícil de encontrar en otros. El practicante va sumando experiencias con aquellas modificaciones que presenta el entorno en los recorridos puntuales gracias a ejercitarse en este. Así como algunas referencias se configuran específicamente en ciertos recorridos y no en otros, hay otras que presentan rasgos similares y que el practicante puede considerar relevantes en múltiples recorridos. Por ejemplo las entradas de autos (estacionamientos, garajes, talleres, etc), los supermercados, cafeterías y kioscos, surgieron como referencia en los alrededores de las tres asociaciones y configuran

referencias que, al presentar rasgos similares en diversos recorridos y los practicantes estar capacitados en percibirlos, los practicantes suelen tomar y usar para diversos recorridos urbanos.

A su vez, los recorridos que realizan los practicantes de las asociaciones se dan en un entorno urbano en donde hay múltiples patrones que se presentan con frecuencia. En el manual de ONCE se habla de Estructuras Ambientales (2011:491), y se las presenta de la siguiente forma: “el espacio tiene una forma, disposición y fundamentación que sirven de ayuda para la orientación, ya que permiten convertirlo en una representación o esquema espacial, y anticipar, generalizar, realizar inferencias y crear rutas.” Estas iteraciones, como las tiene para todo transeúnte, le permiten al practicante tener nociones comunes entre los distintos espacios urbanos y el traslado de ciertas referencias adquiridas en recorridos previamente hechos a recorridos nuevos. El espacio urbano construido presenta una organización que permite una predictibilidad.

Gibson presenta como alteramos o modificamos los ambientes que habitamos, como la ciudad, para que sea más fácil vivir en ellos (y particularmente para el caso que nos incumbe, para facilitar el movimiento) en vínculo a lo que él llama prestaciones (*affordances*) (1979:127-43). Las prestaciones para Gibson son aquellos objetos de la percepción que posibilitan la acción. Implican una relación mutua entre quien percibe y el ambiente, dado que las prestaciones del ambiente son percibidas en vínculo a las acciones potenciales en ese ambiente (de quien percibe). Dentro de su psicología ecológica, la grilla urbana como producto de la actividad humana, por medio de patrones urbanísticos construidos (modificaciones del ambiente), son un ejemplo del desarrollo humano que simplifican la acción de moverse. Así como son las ochavas que amplían la visibilidad hacia quienes están llegando a la esquina desde la calle perpendicular. Puntualmente para las personas con discapacidad, algunos ejemplos urbanísticos de prestaciones son las baldosas podotáctiles (con relieve para facilitar su identificación que permiten a la persona continuar una senda con menor dificultad) y los semáforos peatonales sonoros (que emiten sonidos para avisar al peatón que puede cruzar la calle). Las baldosas podotáctiles en Buenos Aires se encuentran en buen estado en algunas zonas céntricas como Retiro y estaciones de subte, pero normalmente en el resto de las calles en las que se instalaron están descuidadas. Mientras que los semáforos sonoros se encuentran en funcionamiento sólo en

contados cruces de calle. Las prestaciones nos permiten pensar en posibilidades tangibles para facilitar el desplazamiento de las personas con discapacidad visual en la ciudad.

En *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red* (2008), Bruno Latour propone para la teoría sociológica un enfoque centrado en el estudio de las asociaciones y a la participación activa de agentes tanto humanos como no-humanos. El concepto de prestaciones de Gibson es un antecedente de cómo Latour propone concebir a las cosas (como la materialidad de la ciudad), teniendo en cuenta como “podrían autorizar, permitir, dar los recursos, alentar, sugerir, influir, bloquear hacer posible, prohibir” más allá de “‘determinar’ y servir como ‘telón de fondo de la acción humana’”. Latour defiende que “ninguna ciencia de lo social puede iniciarse siquiera si no se explora primero la cuestión de quién y qué participa en la acción, aunque signifique permitir que se incorporen elementos que, a falta de mejor término, podríamos llamar no-humanos” (2008:107).

Las prestaciones de Gibson, expresión de la relación entre las personas y el ambiente, ayudan a caracterizar la idoneidad del ambiente para quién se desenvuelve en este. Si dependen de las capacidades e intenciones de las personas, también dependen de aquello que se les presenta. Los cordones de las veredas por ejemplo, que permiten que un transeúnte a pie se traslade de la calle a la vereda, no permiten que una persona en silla de ruedas lo haga con facilidad. Así, las rampas en las esquinas, una alteración del ambiente, crean prestaciones para las personas que se movilizan en sillas de rueda. La idoneidad del movimiento de las personas en la ciudad no es sólo consecuencia del desarrollo de la habilidad de las personas para desenvolverse en la ciudad, sino también de la influencia de la práctica humana en el desarrollo de la ciudad. Con esto me refiero tanto a la planificación urbana como al desarrollo *orgánico* de la ciudad por efecto de quienes la recorren. Como ejemplo, se les llama *caminos del deseo* (Lidwell, Holden y Butler, 2010) a los caminos que suelen aparecer en las plazas creados por la erosión de pasos humanos o animales, que normalmente dan cuenta de los caminos más cortos entre ciertos orígenes y destinos frecuentes.

El antropólogo Edward Hall, integrante de la llamada *Escuela de Palo Alto* junto a Gregory Bateson entre otros, dice que el territorio “es en todos los sentidos de la palabra una prolongación del organismo, marcada por señales visuales, vocales y olfativas. El hombre ha

creado prolongaciones materiales de la territorialidad, así como señaladores territoriales visibles e invisibles.” (1972:127). En los barrios de las tres asociaciones en Buenos Aires, la distribución de las manzanas es rectangular y en forma de grilla, que implica que los cruces sean de calles perpendiculares; la línea de edificación es paralela a la vereda y la calle y se suele respetar con algunas excepciones; las esquinas tienen ochavas; entre la vereda y la calle hay cordones. Los ejemplos urbanísticos se pueden multiplicar. Por otro lado, más allá de la planificación urbana, Buenos Aires por lo general tiene ausencia de pendiente. Pero la pendiente también puede ayudar a la orientación. Por ejemplo en Monserrat, si reconocemos que estamos subiendo una pendiente, lo más probable es que estemos yendo hacia el oeste, desde el Bajo hacia la Av. 9 de julio subiendo por las barrancas que dan hacia el Río de la Plata. Al momento de mi trabajo de campo no atendí a esta característica, que sí noté en Ciudad de México mientras escribía esta tesis. A su vez, también hay nociones comunes en una escala menor, como aquellas que son compartidas en cada barrio. La presencia de canteros entre las veredas en el barrio de Villa Urquiza se cumple en muchas manzanas, pero no se presenta como patrón en Monserrat o San Miguel.

Utilizar estas nociones comunes son útiles tanto al realizar un recorrido nuevo (al realizar un recorrido nuevo nunca se parte de cero), como al practicar recorridos ya realizados, dado que se combinan con aquellas referencias particulares que el practicante va utilizando al desplazarse por estos. Que un practicante reconozca que en una calle haya más entradas de casas y en la calle paralela haya más entradas de talleres, o que sepa que el kiosco está enfrente del puesto de diarios, dan cuenta de cómo sus referencias son parte de una experiencia acumulada y relacionada, en la que el practicante va estableciendo lazos entre las distintas referencias. El orden en que se presentan o las direcciones y distancias que hay entre ellas, son parte de la representación que el practicante forma del entorno. Su conceptualización del recorrido toma forma a través de sus patrones de interacción corporal con el entorno al desplazarse.

Las representaciones individuales de los practicantes tienen grandes similitudes, que suelen ser aquellas que pueden ser explicadas a partir de las nociones comunes y referencias recurrentes. Pero también muestran diferencias individuales que se ven al comparar entre ellos, y también varían en la modalidad sensorial que los practicantes utilizan para registrarlas. Esto también es expresión del carácter situado y experiencial de la práctica. Por ejemplo, para

identificar la llegada de una esquina, un practicante puede decir que utiliza el cambio en la textura de la vereda en el pasaje de baldosas a cemento (Ricardo), mientras que otro puede notar que está llegando a la esquina por los ruidos y olores de la panadería en la ochava (Gabriela), y un tercero puede utilizar otros estímulos (como Nora, que presta atención al viento que sopla con mayor fuerza en las esquinas). No creo necesario decir que un practicante reconoce la esquina por un sólo estímulo por haberlo explicitado, pero sí considero que no todos los practicantes tienen el mismo involucramiento perceptivo, y no utilizan los distintos sentidos en un mismo grado.

2.2 Acerca de la representación del recorrido

Indaguemos en algunas características de la representación de los recorridos por parte del practicante. Los instructores de Orientación y Movilidad con los que interactué suelen utilizar el término *mapa conceptual* para hablar de esta representación, y en ocasiones hablan de *mapas espaciales*. En la bibliografía nativa, también se registra el término *mapa cognitivo*, como “la imagen espacial o el esquema mental de la información relevante y organizada del espacio, para conseguir desplazamientos eficaces por el entorno” (ONCE, 2011:225).

[...]

Volvamos entonces a los mapas que desarrollan los practicantes al desplazarse en la calle. Ingold realiza una crítica a la concepción tradicional de mapas cognitivos que escinde entre la producción y la utilización de estos (2000:220). Veamos qué pasaría si se sostuviera esta escisión entre formar y usar un mapa, a partir de los siguientes dos puntos.

En primer lugar, el mapa sería una producción previa a que las personas realicen sus recorridos, sería un mapa que las personas deberían internalizar de forma previa para poder utilizarla en la calle. Incluso si existen algunas descripciones que asisten de manera previa por parte de los instructores, como hitos o contingencias que se presentarán en el recorrido, no se trabaja a partir de una descripción previa detallada. Aquí no busco negar que esas descripciones son útiles y asisten a la representación del recorrido. Pero no podemos sentenciar que las representaciones del recorrido se reducen a esas instancias. Los mapas del recorrido no se

elaboran para luego utilizarse, sino que su elaboración y su uso se retroalimentan en las sesiones. Como presentamos al hablar de la exposición, estar abierto a que se presenten contingencias en los recorridos es importante para el desarrollo de la práctica, y aquí puntualmente para que se ajuste la representación del recorrido.

En segundo lugar, si este mapa se finaliza de manera previa al ejercicio del practicante en el entorno, implicaría que las personas con discapacidad visual, sabiendo su posición actual y su destino o objetivo, sólo debería operar mecánicamente a partir de ese mapa, ejecutar la locomoción para un recorrido prescripto. Esta aproximación no da cuenta del desenvolvimiento de las afecciones que el practicante y el entorno se generan mutua e iterativamente. Omitiría la variación existente entre una salida y la siguiente y omitiría que el practicante está inmerso en su entorno, en cuanto a que para poder desplazarse de manera autónoma, tiene que estar habilitado a dar respuesta a éste. Pensar en mapas que son continuamente formados en el propio movimiento en las sesiones, nos permite pensar que el conocimiento del entorno es parte de un proceso práctico complejo en el que conoce a medida que camina, más que a partir de una estructura compleja separada del ámbito de su aplicación.

Tenemos entonces que el desarrollo de referencias da cuenta de cómo el desplazamiento y la representación del recorrido se dan en simultáneo en las salidas a la calle, y como esta última se sustenta en una educación de la atención que da forma al involucramiento perceptivo del practicante con su entorno. Esa educación de la atención tiene que ver con qué priorizar del entorno, la atención como foco que surge a partir de sus experiencias a lo largo del tiempo de práctica. Tiempo en el que los practicantes se fueron habituando a atender a aquello del entorno que les permita mantenerse orientados y adecuar sus desplazamientos a lo que les solicita la calle.

Si para dar inicio o direccionar el desarrollo de ese mapa, el instructor pueden contribuir al anticipar ciertos hitos, o incluso asistir para que el practicante focalice en el desarrollo de otra habilidad, un desarrollo de la representación del entorno escindido de la práctica no tiene un carácter general. Por su contrario, sin el involucramiento perceptual con la calle, la posibilidad de dar forma a estos mapas no se desarrolla: la práctica es su instancia consolidadora.

A continuación presento el desarrollo de indicadores. Veremos que, así como las referencias, los indicadores como expresión de la percepción del entorno, no son abstracciones sino desarrolladas concretamente en la interacción corporal de las personas con su entorno.

3. Uso de Indicadores

3.1 Desarrollo de indicadores

En las sesiones observe como un chico sentado sobre la pared de una casa, una bolsa de basura en una esquina o una bicicleta estacionada sobre la senda peatonal afectaban el discurrir de los practicantes. Difícilmente un recorrido se presente igual entre una sesión y la siguiente. Cada salida es una experiencia abierta. En la práctica, las personas deben aprender a registrar estas variaciones para darles respuesta. Gabriela dice: “Me bajo del colectivo 25 en Primera Junta y sé que tengo que pasar por una panadería, después por una casa de hamburguesas, y sé si voy por el camino correcto por el olfato. Son cosas que por ahí vos no le prestás atención. Eso se da con el tiempo, con vivirlo. Sabés donde hay empedrado y donde no, vas memorizando tu recorrido con los pies. Pero más allá de acordarse dónde están las cosas, un día está todo en su lugar y al otro están arreglando la calle y tenés que cruzar de vereda. Siempre hay que ir atento, buscando opciones. Hay que acostumbrarse a estar abierto a que pasan cosas alrededor tuyo para poder ir de un lugar a otro sin lastimarte.” Si en la primera parte Gabriela habla de referencias, en la segunda habla de los indicadores.

Al presentar los indicadores dije que en el campo son descritos como aquello del entorno que ayuda a “determinar una situación o una línea de dirección” (Hill y Ponder, 1976) y que son “ocasionales, dinámicos, utilizables en diferentes espacios” (ONCE, 2011). Pero Hill y Ponder (1976), al presentar las referencias hablan de objetos y al hablar de indicadores hablan de estímulos. Los indicadores, así como las referencias, no sólo involucran al aspecto sensorial de registrar lo que se le presenta a la persona en el presente, sino que también involucran una conceptualización. Una persona no sólo recibe la luz de una persona que camina por la vereda o los sonidos de los pasos de una persona que camina por la vereda, percibe que hay un peatón.

Por lo que me distancio de pensar las referencias y los indicadores sólo como objetos o sólo como estímulos externos, sino más cercanos a ser resultado del acto perceptivo. Concebir a

las referencias y los indicadores como objetos o como estímulos, sería concebir al entorno como externo e independiente del practicante. Que a su vez se asociaría a una división tajante entre el sujeto y los objetos que este percibe, que pondría un manto sobre el proceso que se da en la relación. Las referencias y los indicadores son expresión del vínculo indisoluble entre el practicante y la calle.

Para un practicante con discapacidad visual, registrar una falta de baldosas, aquellas que sobresalen o las que están sueltas, requiere de un ejercicio más atento a la mano que sostiene el bastón y a los sonidos que recibe vía el bastón². A partir de su registro, debe actuar acorde, rodeándolas o elevando la pierna más de lo habitual para atravesarlas. Ricardo dice que caminar por la ciudad requiere “poner todas las antenas, ver si la vereda sube o baja, ver si hay un árbol cruzado”. Ricardo, sin saber que ya estaba dentro de mis planes con el instructor Tomás, me sugirió hacer el ejercicio de “simulación” con los ojos vendados para entender mejor al acto de desplazarse. Al hacerlo, tuve instancias en que frente al alto esfuerzo que me implicaba atender a lo que sucedía, debí “relajar” la atención e ignorar tramos del recorrido, aunque siempre guiado por el hombro de Tomás (ver Anexo 3).

Esta atención amplia le permite al practicante mantenerse abierto a responder a imprevistos y contingencias en la calle. Al decir que esta atención es amplia, o bien a una atención no focalizada, no me refiero a ella en términos de infinitud, sino más bien de una atención que no se dirige exclusivamente a ciertos estímulos, sino que está abierta a todo aquello que la persona es potencialmente capaz de atender. Masschelein, quien recordemos presenta el vínculo intrínseco entre el caminar y la exposición, considera que al ponernos continuamente fuera de posición, caminar requiere de una atención como estado de apertura (2010:282 en Ingold 2018:30). La atención que Masschelein describe nos permite abordar cómo el practicante *espera* a la calle, al mostrarse abierto y atento a la revelación de sus variaciones, contingencias y

² Se podría indagar en si la visión brinda menos probabilidad de que este problema derive en riesgos mayores, o si por el nivel de atención y esfuerzo obligado entre las personas con discapacidad visual para sobrepasar este tipo de riesgos físicos hace que esta cuestión no sea reflejada en datos estadísticamente significativos. Son frecuentes los problemas asociados a estas complicaciones más allá del caso puntual para este conjunto social, el estado de las veredas en la ciudad es parte de un problema urbanístico recurrente.

potenciales riesgos. Esta atención es aquella que da pie al aprendizaje de los practicantes expuestos al *mundo en formación* (Ingold, 2018).

En la salida con Mateo y Juan, Mateo dejó que Juan se tope con una botella de plástico, que identificó al golpearla con el bastón y superó sin problemas. Más adelante, le indicó a Juan que sobre la vereda cerca de la pared había personas trabajando, para que a partir de ello Juan se abra hacia la derecha. Juan bordeó sin problema a las personas que trabajaban sobre la vereda tendiendo al cordón, avanzó unos tres metros y volvió hacia la pared. El instructor, a partir de la evaluación de la situación puntual que está próxima a presentarse y el estado del practicante en el proceso de aprendizaje (e incluso qué aspecto se está trabajando), decide si es pertinente anticipar lo que está próximo o dejar que el practicante se encuentre con ello por su cuenta. Un practicante que puede desplazarse con independencia, eventualmente dispensa de un instructivo previo detallado. La habilidad de dar forma y utilizar indicadores, como lo es para las referencias, es parte del desarrollo de la percepción como proceso de la atención a lo largo del recorrido.

Alfred Schütz, precursor en la introducción de la fenomenología en las ciencias sociales (Coulon, 1988), retomó para el estudio sociológico el concepto de “suspensión de la duda” acerca de la estabilidad del *mundo de la vida* frente a sus anomalías. Su pensamiento nos permite abordar las habilidades asociadas a referencias e indicadores. Por un lado, Schütz dice que las personas normalmente utilizan una *epojé* (término proveniente de la filosofía griega de corriente escéptica) en la que se coloca entre paréntesis “la duda de que el mundo y sus objetos puedan ser diferentes de lo que se le aparecen” (1974:214). Esta “suspensión de la duda” tiene como premisa que “lo comprobado hasta entonces como válido seguirá siéndolo y de que todo aquello que nosotros, u otros como nosotros, pudimos hacer una vez con éxito, puede ser hecho de nuevo de manera similar y producir en esencia los mismos resultados” (Schutz 1974:214). Por otro lado, Schutz llama *epojé fenomenológica* a la contracara de la *epojé*, al acto de suspender la creencias en torno a la vida cotidiana, o la actitud de suspender la suspensión de la duda, como una radicalización de la duda cartesiana (1974:214).

Las habilidades de desarrollo y uso de referencias e indicadores pueden ser abordadas como expresión de estas dos *epojés*, siendo la práctica parte de un proceso en el que ambas actitudes están en juego. Al utilizar referencias, el practicante da cuenta de una *epojé* del sentido

común, el que le permite suponer que lo que estaba en la calle la semana pasada, seguramente seguirá allí en su próxima salida. Al estar atento a indicadores como evidencia de variaciones del entorno, el practicante también da cuenta de una *epojé fenomenológica*, dado que a través de una exposición y atención abierta a lo que se le presente, se permite dudar de aquello que era válido hasta entonces. Si bien en mi cotidianeidad subjetiva me es más fácil identificar la suspensión de la duda con respecto a la estabilidad del entorno, y ver una forma más evidente de la función de la duda a través de las personas con discapacidad visual, al alternancia entre estas dos actitudes podría resultar útil como marco descriptivo para todos los transeúntes.

3.2 La percepción como actividad sensorial, memorística e imaginativa

La percepción no se iguala a la experiencia sensorial, dado que también involucra atribuirle significados a los estímulos que se presentan sensorialmente, es decir involucra una conceptualización en la que entran, entre otras cosas, la memoria y la imaginación como elementos fundamentales. La conceptualización que requiere la percepción no es abstracta en cuanto a que surge de patrones de interacción experiencial. Inversamente, la comprensión de esta conceptualización depende de la experiencia corporal. En cuanto a esto último, Lakoff y Johnson (1999) acuñaron el término “concepto corporizado” (*embodied concept*) para dar cuenta de palabras que dependen, para su comprensión, de la experiencia del sistema sensoriomotor.

Una división tajante entre memoria, la sensación y la imaginación como distintos componentes de la experiencia, suele estar aparejada a un entendimiento secuencial de la experiencia según el cual “el futuro se despliega más allá de los sentidos, el presente toma lugar en su cercanía y los recuerdos se acumulan dentro de la cabeza más acá de ellos” (Simonetti, 2013:41). Cristián Simonetti presenta cómo los arqueólogos experimentan “el recordar y el imaginar en una continuidad con lo que se abre ante sus ojos, desdibujando las fronteras de la percepción”, que “no estaría limitada por lo que se presenta en la cercanía de los sentidos, como tampoco acontecería por delante de la memoria y la imaginación” (2013:41). Niega que el entendimiento secuencial de la experiencia que esa división suele suponer, le sea útil para describir el aprendizaje perceptivo de los arqueólogos, quienes para llevar a cabo su práctica

deben lograr “percibir lo ausente” (2013:57), inferir a partir de ciertos restos aquello que se encontraba allí en el pasado. Sostengo que este punto también se presenta para nuestro caso.

En el uso de referencias e indicadores, la atención de la persona al entorno involucra el aspecto sensorial de registrar lo que se le presenta en tiempo presente, el aspecto memorístico de poner en uso su experiencia previa al comparar los estímulos actuales con registros anteriores y el aspecto imaginativo de anticipar lo que vendrá. Pero si la memoria es una forma de acceso al pasado, la sensación al presente y la imaginación al futuro, estas tres ocurren de forma entrelazada en la percepción en el tiempo de la práctica. Percepción que incluye sentir estímulos del entorno (notar el viento), en combinación con la memoria de su experiencia previa de ese registro (la asociación de mayores vientos con la llegada de una esquina) y la imaginación (la anticipación de que pronto se llegará a la esquina).

La habilidad de uso de referencias e indicadores, memorizadas y continuamente re-elaboradas, dan cuenta del efecto que tiene la memoria en aquello que se percibe. Al releer el registro de mi ejercicio de simulación con los ojos vendados (Anexo 3) noté como mi registro perceptivo estaba influenciado por la memoria. Por estar *en modo* de registro etnográfico al llegar a la asociación, había prestado atención a aspectos de la calle como un estacionamiento, por lo que en el ejercicio guiado por Tomás anticipé que me encontraría con este por lo que mi atención sonora estaba focalizada a encontrarme con esa referencia. Percibir el estacionamiento implicó una experiencia sensorial dirigida por la memoria.

La imaginación también es un componente de la percepción. Similar a aquello en lo que indaga Simonetti al decir que la práctica de la arqueología requiere de “percibir lo ausente”, los practicantes de Orientación y Movilidad deben también percibir aquello que está *más allá* de lo que experimentan sensorialmente en el presente. Aquí yace la anticipación del practicante, particularmente relevante dado que su anticipación sensorial (a partir de sentidos no visuales y herramientas como el bastón) es menor a la de un caminante con visión, por la disposición de distancia sensorial asociada a la visión. La falta (o la complejidad) de referencias e indicadores hacen que el practicante deba acostumbrarse a inferir parte de su recorrido, sin que su entorno le confirme su orientación a cada paso.

4. Se enfrenta a situaciones de desorientación

La falta o la complejidad de referencias e indicadores, que se presentan en distinto grado en todas las sesiones (desde tener que ajustar su línea de recorrido dos metros para esquivar un obstáculo hasta estar entre decenas de personas al atravesar espacios como la entrada de una estación de subte) hacen que el practicante deba ganar práctica en situaciones de desorientación. El practicante debe poder enfrentarse a situaciones sin que su entorno le confirme su orientación y resolverlas. El practicante puede escuchar de las técnicas más frecuentes y las sugerencias que le han funcionado a otros, pero su desarrollo no se explica por una internalización y aplicación directa de técnicas validadas, sino que se adecúa más a un aprendizaje sustentado en experimentar de forma situada esas sugerencias, en un proceso de la atención a lo largo de sus propias vivencias.

Una atención que se educa, que le permite ir ajustando su relación con la calle a partir de lo que se presente en las sesiones. Es decir, si el practicante mantiene una apertura de la atención a todo aquello que varía y lo hace variar, que se asocia a la exposición e impredecibilidad del entorno, al mismo tiempo esa apertura le permite, a través del desarrollo, modular esa atención, ejercitar prácticamente su capacidad de discernir aquellos estímulos que le permitan desplazarse de forma más orientada y segura, priorizando unos sobre otros.

Para hablar de la educación de la atención, que implica una atención cercana a su entendimiento habitual, como aquello que permite focalizar selectivamente en ciertos aspectos poniendo en suspenso otros, Ingold utiliza el origen etimológico de la palabra *ad-tendere*, “estirar hacia” (2018:20). Ejemplifica su significado con la sensación de *estirar el oído para escuchar un sonido distante*, como si el cuerpo entero fuese un oído elástico y nosotros capaces de sentir la tensión de ese estiramiento. Esa tensión para *escuchar lo distante* implica un esfuerzo e involucramiento perceptual en el entorno.

En las asociaciones en varias ocasiones me explicitaron la existencia de un preconceito equivocado, que guarda relación con mi intención de mostrar que la atención se educa. Este preconceito es que las personas con discapacidad visual “automáticamente” cuentan con el resto de los sentidos potenciados. En vínculo a esto, Stephen P. Safran (1998) a partir de un análisis de la representación de la ceguera en la historia del cine, nota en las películas la presencia y el

refuerzo de diversas creencias desacertadas, como por ejemplo que las personas ciegas cuentan con un "sexto sentido", que no tiene que ver con una segmentación distinta de las modalidades perceptivas, sino que es usado como término para justificar una percepción que sería en principio ininteligible. Cuando lo que ocurre es que si la percepción es aguda, esta agudización se sustenta en un desarrollo extenso, uno que requiere del ejercicio y el esfuerzo a lo largo de años.

A su vez, los practicantes me han expresado que esta agudización perceptiva, puntualmente en la experiencia sensorial más allá de la visión, además de tener que ver con un mayor alcance con los sentidos, primordialmente tiene que ver con el discernimiento de los estímulos. Es decir, esa tensión para *escuchar lo distante* no es para los practicantes exclusivamente una cuestión de distancia física, por ejemplo de poder escuchar sonidos a distancias mayores. La ejercitación de atender a los sonidos hace a los practicantes más hábiles en discernirlos, en poder encontrar diferencias (y priorizar las importantes) entre los distintos estímulos auditivos que se encuentran entremezclados, solapados, a distintos volúmenes y tonos en la calle.

Un comentario personal. Como parte de mis registros de campo, grabé con mi celular audios de nuestras salidas a la calle. Los registros estaban repletos de partes indescifrables, de sonidos de autos tapando fragmentos de conversaciones, de momentos que tuve que repetir decenas de veces para discernir palabras de sonidos ambientales, de palabras que infería por contexto. En el proceso de desgrabado, descubrí un paralelismo con esa sensación de estiramiento perceptual, de intentar acercarme a los estímulos sonoros y no sólo recibirlos pasivamente.

Para el practicante el esfuerzo por *escuchar lo distante* tiene que ver con educar la atención para escuchar lo distante *a sus posibilidad perceptivas actuales*. En educar la atención para poder identificar mejor estímulos a partir de los cuales percibir el entorno de forma funcional a la acción que realizan.

El preconcepto mencionado anteriormente viene también asociado a una omisión de que las personas sin discapacidad visual utilizan el resto de los sentidos en complementación con la vista. Mateo me dijo: “Cuando eras chico, si estabas en la computadora y se acercaba tu mamá, sabías que era ella por el sonido de sus pasos. Ahora, hace eso un ciego y todos dicen: ‘wow, el oído del ciego.’” En muchas ocasiones, a partir de conversaciones con los practicantes en las que

intentaba ver si la atención a ciertos estímulos eran comunes, me encontré con respuestas del estilo “no, yo no huelo nada” o “no, yo no siento la diferencia de las baldosas con los pies”. Si los practicantes muestran ciertas habilidades que son generalizables como preferir seguir la línea de la pared para realizar recorridos o utilizar el bastón (veremos, en el capítulo dos, que su uso no es estrictamente homogéneo, pero su aprendizaje permite ver una traducción más fidedigna de técnicas explícitas y movimientos puntuales), también muestran sus particularidades, como a qué estímulos atienden en ausencia o disminución de la visión, que resulta a su vez en que referencias e indicadores generan, perciben y utilizan.

[...]

5. Se relaciona con otros peatones de forma satisfactoria

Al presentar este capítulo introduje, entre las habilidades que implican una relación de los practicantes con el entorno, a la habilidad de que se relacione con otros peatones de forma satisfactoria y recurra a pedidos de ayuda cuando es necesario. Un entorno que es aquello que se le presenta al practicante y que, al variar y el practicante percibir esta variación, los obligan a dar respuesta variando de forma acorde, permite incluir dentro del entorno a otros peatones realizando sus propios recorridos. Ya sea si los peatones mantienen sus recorridos planeados o si varían sus recorridos para asistir a las personas con discapacidad visual, el resto de las personas que se encuentran en la calle son una parte fundamental de lo que se les presenta a los practicantes en sus salidas. Esto no supone uniformar el entorno igualando a los peatones con cualquier otro obstáculo que se presente sobre la vereda, sino más bien complejizar y sostener una concepción de entorno más amplia que la entendida habitualmente (que normalmente incluye ya sea sólo a componentes no humanos, o por su contrario sólo a personas, pero raramente a la combinación de ambos).

Para describir esta habilidad, simplifiqué entre dos tipos de acciones del resto de los transeúntes, al momento en que sus líneas de recorrido se cruzan: Pueden ya sea interactuar verbal y/o físicamente con el practicante o no interactuar. El peatón suele identificar al practicante gracias a su bastón. Al estar en la calle, esta identificación le disminuye al practicante

las posibilidades de accidentarse, dado que los peatones suelen darle más espacio al practicante, incrementar la atención a los riesgos que pueden presentarse e intervenir si cree necesario. Esta identificación no se da todo el tiempo, por ejemplo con Juan en Villa Urquiza una señora que cargaba bolsas, caminando a una velocidad alta, casi se lo lleva puesto. Juan necesitó de Mateo para que le explique lo que acababa de pasar. Esa identificación a su vez implica la atención de muchas personas. Gabriela, por ejemplo, descreo que esto ocurra como antes, dado que hoy en día *todo el mundo camina con el celular sin prestar atención*.

Los practicantes reconocen las zonas con alta densidad de personas, por ejemplo en San Miguel reconocen que al llegar a la esquina de la asociación suele haber muchas personas haciendo fila sobre la pared del banco comercial. Es decir, los peatones, que normalmente estarían más cerca a considerarse como indicador, también pueden constituir referencias (el practicante, al notar el aumento de densidad de personas, sabe que llega a la esquina del banco).

Los instructores evitan hacer recorridos en zonas de alta densidad, por ejemplo comerciales, junto a practicantes sin mucha experiencia. Desplazarse junto a otros complejiza el entorno. Al no contar con la visión o contar con ella de forma reducida, al practicante se le dificulta identificar la presencia de los otros y, otras formas de registro como a través del sonido de sus pasos, también se ven comprometidas en la calle por la complejidad de lo que se presenta a los sentidos. A esta complicación por identificar a los otros, que se asocia a la capacidad de distancia de la visión (con la que los practicantes no cuentan o cuentan en forma reducida), hay que sumarle que los peatones están en movimiento. Si los peatones aislados se pueden pensar como un tipo de indicador, es uno de los más problemáticos. Dado que además de identificar al peatón a una distancia razonable, también debe proyectar su recorrido futuro.

¿Qué sucede cuando sí hay interacción verbal o física entre el practicante y el peatón? El ejemplo paradigmático es cuando un peatón le brinda ayuda a un practicante. Primero pensemos en qué lleva a que se establezca la ayuda. Después, en cómo se brinda esa ayuda.

El peatón se puede acercar por voluntad propia sin que se presente una situación clara que la requiera. Los practicantes reconocen que esto se da con frecuencia. Como caso particular Sara dice que no le gusta que *la traten de pobrecita*. Mateo, que tiene amigos y conoce instructores en otras ciudades de Latinoamérica como Santiago de Chile, dice que en Buenos Aires *a veces es*

demasiada la intervención de peatones, que puede complicar más de lo que ayuda. La interacción forzada con extraños, que desde la perspectiva del peatón puede ser una intervención positiva para *arreglar* una situación en la que considera que no se está llevando a cabo de forma eficiente, puede para el practicante ser una situación de falta de consentimiento o una perspectiva exageradamente asistencialista. Incluso puede surgir de una interpretación incorrecta de la situación, por ejemplo algunos peatones creen que los golpes del bastón con la pared o los obstáculos son errores de las personas, cuando en realidad son contactos necesarios para una mejor percepción del entorno y un uso adecuado del bastón.

Pero el peatón también se puede acercar por algún indicio de la situación del practicante que le sugiera que su ayuda puede ser beneficiosa. El caso más claro es que el practicante esté en la esquina esperando cruzar la calle. Cualquier peatón en las cercanías reconoce esa situación como una en la que su ayuda puede ser valiosa. Se pueden dar otros escenarios, como que el practicante se encuentre en algún punto poco común de la vereda. En líneas generales, si el practicante está quieto, es común que algún peatón se le acerque, dado que estar quieto suele ser tomado como señal de que necesita ayuda para continuar con su desplazamiento.

¿En qué consiste y cómo se brinda esa ayuda? Saber pedir ayuda y hacer valiosa la ayuda de otros es un recurso imprescindible para el practicante. Lo ayuda a resolver situaciones diversas, como al estar desorientado o para cruzar con seguridad la calle, pero también para otras que se le presenten al practicante cuando camina sin acompañamiento del instructor, como necesitar la descripción de un recorrido hasta una dirección. A continuación desgloso un pedido de ayuda. En primer lugar, el practicante debe poder detectar la proximidad de otro transeúnte. En segundo lugar, dirigirse a éste a un volumen adecuado a la distancia en la que este se encuentra. Finalmente, ser específico en lo que necesita por parte del peatón y, muchas veces, repreguntar para obtener aclaraciones (en caso de que esté precisando información).

En cuanto a la especificidad, cuando el practicante le solicita a un peatón que lo ayude al cruzar la calle, le debe pedir que lo acompañe hasta hacer contacto con la línea de la pared en la vereda de enfrente. Un ejemplo en el que el practicante debe repreguntar se da cuando solicita indicaciones, dado que los peatones pueden apuntar o recurrir a referencias que el practicante no conoce, y repreguntar ayuda a que recurran a otras descripciones posibles.

Pedro me contó que quería hacer un espectáculo stand-up alrededor de “las formas de llevar a un ciego”. Dice que está la forma que él llama *el changuito*, donde te llevan con las dos manos desde atrás. *El detenido*, en la que te agarran de abajo del brazo. Por su parte, Sara me contó que una vez un hombre se le acercó diciendo que quería ayudarla pero no sabía cómo hacerlo. Sara dice: “A veces pienso que creen que tienen que llevarnos a upa, hay que ayudarlos a que te ayuden”. Las palabras de Pedro y Sara nos indican cómo hay formas de ayudar que son mejores que otras y que los practicantes pueden actuar para que esa ayuda sea más efectiva. Que nos lleva a pensar las relaciones sociales que establecen en la calle con otros peatones también son parte de un desarrollo práctico e involucran, entre otras cosas, una técnica.

En el frecuente caso de que el practicante busque el acompañamiento de un peatón por algún tramo del trayecto es común que, aún con la intención de ayudar, el peatón no lo haga de la mejor manera. Frente a la diversidad de posibilidades, la sugerencia extendida en el campo es que sean los practicantes quienes tomen del brazo a los transeúntes, justo por sobre el codo, manteniendo su propio codo a un ángulo recto y una distancia adecuada para que ambos puedan desplazarse sin chocar. Esta técnica simplifica la diversidad de las formas en las que se puede generar el contacto y de alguna manera también tranquiliza al peatón de que está ayudando como el practicante prefiere. Es el *hay que ayudarlos a que te ayuden* de Sara.

Decía que las relaciones sociales con los peatones en la calle involucran una técnica, y el ejemplo de cómo lograr que un peatón agarre del brazo al practicante es una de ellas. Ingold considera que así como hay técnicas para interactuar con animales y materiales, las hay para interactuar con otras personas, y enmarca a la técnica como un aspecto de lo social (2000:321).

El orden expositivo de esta sección fue a partir de listar una serie de habilidades, con algunos componentes que pueden ser explicitados a través de diversas técnicas. El propio marco nos dirige a abordar las interacciones en la calle con otros, como parte de una relación que también requiere de la habilidad, y como tal está asociada a la puesta en práctica de técnicas. Pero resalto, como plantea Ingold, que estas técnicas son un aspecto de lo social, lejos está de igualarse a *lo social*. Considero relevante marcar este punto por la siguiente cuestión: en el campo, la centralidad de las habilidades y técnicas puede tomar un tono exacerbado.

Hablar sólo de técnicas puede derivar en una perspectiva excesivamente tecnicista. En los espacios a los que asisten las personas con discapacidad visual, discusiones sobre técnicas pueden tomar una importancia más grande del que ocupa en la vida de las personas, a través de discusiones sobre cómo se debe hacer tal o cual acción cotidiana, por ejemplo en la cocina o en el baño. Esto no quita que aprender técnicas es muy relevante y útil, y que compartirlas también lo es. Pero como para todas las personas, presentar los actos sólo a partir de técnicas, no sólo es trabajoso y a veces inorgánico sino a su vez puede derivar en valoraciones morales sobre cómo las personas están realizando sus actos. Se puede afectar a las personas en términos de ansiedad y vergüenza por no estar realizando sus acciones de las maneras socialmente validadas, cuando a veces no son tan importantes para sus experiencias y las ganancias que pueden conllevar (que en general son en términos de tiempo y de tener las capacidades para performar socialmente de la forma normativa) no siempre valen el esfuerzo.

Si expuse la relación del practicante con la calle a partir de una segmentación en habilidades, es porque considero que me permite abordar este proceso de aprendizaje. Si en el campo me mostraron la importancia del desarrollo de la autonomía a través del desplazamiento independiente, y a este desarrollo lo describo realizando un desglose de habilidades que sean expresión de sus vínculos con el entorno, lo hago por la relevancia para esta práctica. En otras palabras, si bien sustento que es importante hablar de habilidades para una tarea tan demandante como salir a la calle (actividad en la que el aspecto funcional toma centralidad) no creo que ésta sea la perspectiva a tomar frente a otros temas que se quiera trabajar.

[...]